

CENTENARIO DE ALONSO ZAMORA VICENTE

Se suceden en este año de 2016 las iniciativas que quieren recordar a Alonso Zamora Vicente, el ilustre escritor y académico fallecido hace diez años, de quien se conmemora ahora el centenario de su nacimiento: exposiciones en la Biblioteca Nacional y en la Real Academia Española; reuniones de discípulos y estudiosos en la Universidad Complutense de Madrid y en la Universidad Antonio de Nebrija; actos diversos en Cáceres, donde se custodia su biblioteca. *Hesperia* no puede permanecer ajena a ello pues don Alonso contribuyó decisivamente a la creación de este *Anuario de Filología Hispánica*, a cuyo comité de honor se incorporó ya desde el primer número, en 1998.

Las letras españolas han tenido en él —continúan teniendo en la permanencia de sus obras, en la memoria de su quehacer— una de sus figuras más eminentes, de muy rica y diversa personalidad: profesor y académico, investigador y crítico, asiduo conferenciante escuchado en las más diversas cátedras e instituciones culturales de Europa y América, escritor de finísimas calidades cuyo arte narrativo, de singular gracia expresiva y coloquial en su habla y en su expresión escrita, supo engarzar fantasía y capacidad de observación, humor, ironía, humanísima ternura, desgarrado patetismo también, en relatos —cuentos, novelas— cuyos personajes van viviendo y desviviéndose cotidianamente entre la ilusión, la nostalgia y el desengaño.

La actividad docente e investigadora de Alonso Zamora se desarrolló en diversos centros europeos y americanos. Ganó cátedras de lengua y literatura españolas, de institutos nacionales de enseñanza media (Mérida); de universidad (Santiago de Compostela, Salamanca) y de filología románica (Universidad Complutense). Asimismo fue director del Instituto de filología de la Universidad de Buenos Aires y del Seminario de filología hispánica del

Colegio de México; miembro del Instituto de estudios asturianos y del Instituto de Coimbra, correspondiente de la Real Academia Gallega; y doctor *Honoris causa* por varias universidades. En 1969 obtuvo el Premio nacional de ensayo *Miguel de Unamuno* por su libro *La realidad esperpéntica (Asedio a "Luces de Bohemia")*; y, en 1980, el Premio nacional de narrativa por su novela *Mesa, sobremesa*. Su magisterio, ejercido desde la cátedra o a través de su obra escrita fue muy amplio y ha llegado a varias generaciones de estudiantes e investigadores. En consonancia con tan caudalosa y plural personalidad literaria son muy copiosas y diversas sus publicaciones: *El habla de Mérida y sus cercanías* (1943), *De Garcilaso a Valle-Inclán* (1950), *Presencia de los clásicos* (1951), *Las sonatas de Valle-Inclán* (1951; 2ª.ed. en 1955), *Léxico rural asturiano* (1953), *Primeras hojas* (1955), *Smith & Ramírez S. A* (1957), *Voz de la letra* (1958), *Dialectología española* (1960), *La novela picaresca* (1961), *Lope de Vega: vida y obra* (1961), *Camilo José Cela, acercamiento a un escritor* (1962); *Lengua, literatura, intimidad* (1966), *La realidad esperpéntica (Asedio a Luces de Bohemia)*, (1967), *A Traque barraque* (1972), *Valle-Inclán, novelista por entregas* (1973), *Desorganización* (1975), *El mundo puede ser nuestro* (1976), *Sin levantar cabeza* (1977), *Tute de difuntos* (1982), *Estampas de la calle* (1983), *Suplemento literario* (1984), *Vegas Bajas* (1987), *Examen de ingreso* (1991); así como ediciones, prologadas y anotadas, de obras de diversos autores: Francisco de la Torre, Forner, *Poema de Fernán González*, Tirso de Molina, Gil Vicente, Lope de Vega, Valle-Inclán.

Nacido y residente en Madrid, aunque viajero del mundo y con largas estancias fuera de España, gustaba recordar su naturaleza madrileña: venido al mundo en el centro de la ciudad y bautizado en la iglesia de san Andrés —“esas cosas dan categoría”, solía decir—, su personalidad humana —gesto, actitud, habla, comportamiento— mostraban ironía, capacidad de comprensión, desgarro y finura muy madrileños. Y en tierra madrileña falleció, el día 14 de marzo de 2006.

Al recordar estos datos de la biografía de Alonso Zamora la memoria se hace emoción y evoca con fidelidad nuestros últimos encuentros, como cuando (28 de julio de 2004, mañana mediada) le visité en compañía de mi hija Lola (ella acababa de presentar su tesis doctoral y don Alonso había presidido el tribunal que la juzgó). Nos abrió la puerta y nos atendió una señora (su nombre Julia), vestida con bata blanca de sanitario, pulcra, desenvuelta (—“tiene hoy un mal día... El médico ha dicho... No estén con él más de diez minutos... Se fatiga”). Avanzamos hasta donde él se encontraba, sentado en un butacón, con las piernas extendidas y los pies descalzos. —“perdonad que no me levante...” Su aspecto no era malo, dentro de su evidente fatiga, y, desde luego, pulquérrimo: cuidadosamente afeitado y peinado, vestido con una camisa azul claro y un pantalón ligero de verano. Cuando le saludamos, creí percibir en él emoción muy viva. Mi hija se sentó a la derecha y yo enfrente. Comenzó la conversación. Era espléndida su lucidez. Seguía estando al tanto de muchas cosas, interesándose por ellas y enjuiciándolas certera, rotundamente. En sus palabras, a las que a veces asomaban la ironía e incluso el sarcasmo, se sucedían los temas y los recuerdos, tan diversos: doña Blanca de los Ríos, la televisión, películas cinematográficas (su ademán, su gesto acompañaban a una evocación de Greta Garbo), los quehaceres y afanes de algunos colegas, la política y la situación en España (—“¿A dónde vamos?...”), la colección de cuentos que pensaba reunir y publicar... las andanzas y pretensiones de tales personas conocidas nuestras... se sucedían los temas y continuaba hablando... Creo que nuestra presencia le animaba.

En algunos momentos su fatiga parecía aumentar. Había que marcharse. Despedida, abrazos, emoción muy viva, auténtica.

Recuerdo, también, de ocasión muy lejana, una visita en su casa madrileña de Pez Volador, y de una muy larga conversación con don Alonso, y de que su esposa, María Josefa Canellada, aparecía de cuando en cuando,

siempre en momento oportuno, y que a la hora más adecuada nos trajo un tazón de café con leche y unas rosquillas hechas por ella misma. Luego, y antes, cuando no estaba con nosotros, se oía, apagado, el tecleo de una máquina es escribir. Era, en fin, la vida, y un silencio amable. Era, en fin, tal como escribió don Alonso en la dedicatoria de uno de sus libros: “Para María Josefa, mi mejor silencio”.

Recuerdos, recuerdos de una amistad limpia (así la calificó don Alonso en una ocasión) que se prolongó durante más de cincuenta años y que podrían continuar ahora, cuando se cumple un siglo de la fecha de nacimiento de Alonso Zamora Vicente.

José Montero Padilla
Universidad Complutense de Madrid